



BONORA, Elena: *Aspettando l'imperatore: Principi italiani tra il papa e Carlo V*, Turín, Einaudi, 2014, 271 págs.

Manuel Rivero Rodríguez
IULCE-UAM

La muerte inesperada del cardenal Benedetto Accolti el 18 de septiembre de 1549 provocó un pequeño terremoto en el seno de la comunidad política de los príncipes y potentados italianos. El cardenal no era un modelo de virtud, su apoplejía parecía el resultado de una vida más bien disoluta pero no eran sus vicios o virtudes las que provocaron inquietud sino dos cajas de hierro en las que conservaba su correspondencia íntima, llena de peligrosas confidencias. Estas cartas, en las que abundaban chistes y bromas, podía poner en evidencia a varios magnates italianos, muy particularmente de la familia Medici. La divulgación de muchas de estas misivas podía comprometer a muchas personas. El miedo a que estas cajas cayeran en manos indebidas, puso al descubierto tramas de fidelidades y adhesiones que fluían en secreto. Además, la muerte de Paulo III acentuó este clima de ansiedad pues el control de las redes de fidelidades era fundamental para mover las estrategias de todos los actores del teatro italiano ante la elección. Se ve que este nerviosismo se intensificaba si, como era muy frecuente, no se correspondía lo que se manifestaba en público con lo que se hacía en privado. La información era muy preciada por convertir en enemigos a quienes parecían aliados y viceversa, es decir, develaba la realidad de muchas cosas por encima de las apariencias. En este magnífico libro Elena Bonora, a partir de esta correspondencia secreta, custodiada en el Archivio di Stato di Firenze, ofrece un cuadro inédito y original de la política italiana justo en la mitad del siglo XVI, dando una interpretación muy novedosa de las circunstancias políticas que rodearon el Concilio de Trento y el fracaso de la idea imperial de Carlos V.

A partir del análisis de dos acontecimientos ocurridos en el año 1549, apenas separados por tres meses, que son los que transcurren desde la muerte del cardenal Accolti en septiembre hasta el cónclave de noviembre en el que saldrá elegido Julio III, analiza el fracaso de la “Italia del Emperador” y la afirmación de la “Italia del Papa”. Debo decir que el empleo de estos términos me parece muy sugerente y revelador porque no se refiere a una “Italia imperial” ni a una “Italia

papal” como tampoco a un partido imperial y otro papal. Se refiere más bien a la elección de los potentados italianos sobre la Corte que constituye la referencia política de Italia, la del Papa o la del Emperador. Esta elección es fruto de las redes de relaciones que establecen entre sí un conjunto de familias que constituyen, por así decirlo, la nación política de la península. Alrededor de esos meses cruciales de 1549, los doce capítulos del libro, mediante *flashbacks*, van ordenando la narración de cómo se fraguaron esas dos Italias posibles, la “Italia del Emperador” y la “Italia del Papa”; alrededor de ellas se articularon los linajes italianos en una sorda lucha política en la que el modelo diseñado en el Congreso de Bolonia de 1530 se va desdibujando hasta desaparecer. Ese modelo era la Italia del Emperador y la coronación imperial de Bolonia en 1530 su representación simbólica más completa y visible.

A lo largo del texto, la lectura se va enriqueciendo al mostrar la riqueza de las redes de relaciones tejidas entre familias como Gonzaga, Colonna, Medici y cómo son estas redes los canales por los que circulan ideas y proyectos. Me parece muy interesante la interpretación política de figuras como Ferrante Gonzaga, Diego Hurtado de Mendoza, o el cardenal Granvela, que en la década de 1540 tuvieron un papel fundamental en la política italiana del Emperador y cuyas dudas en el cónclave dejarán arrinconado el modelo imperial. Dentro de esta narración, los cambios de opinión, las dudas y las circunstancias de cada momento modelan un panorama que no siempre está predeterminado. La lectura política de Juan de Valdés me parece una de sus aportaciones más originales dado que va más allá de la interpretación evangélica de Massimo Firpo o de la “comunera” de Daniel Crews. A través de su figura se contempla la transformación de la idea original de Monarquía Universal diseñada por el Gran Canciller Gattinara y continuada por Alfonso de Valdés que, con él, sufre una importante modificación al agregarle un carácter hispano. Su análisis respecto al *Diálogo de la Lengua* de Juan de Valdés, que considera concebido como herramienta indispensable para los cortesanos que quisieran prosperar en la Italia española coincide casi en el tiempo (se escribió en 1532) con el muchas veces mencionado y no siempre bien explicado discurso de Carlos V en Roma en 1536. Discurso pronunciado en español ante toda la Cristiandad. La Italia del Emperador era una Corte española al modo de la de Pedro de Toledo en Nápoles.

En contraposición, la Italia del Papa hacía suya la máxima recordada por Guicciardini y Maquiavelo, de erigirse en defensora de la “Libertad de Italia”. Esta libertad está muy lejos de ser un lema nacionalista y tiene que ver más bien con el foro donde se hace la política, en la Corte de Roma, como Corte italiana por excelencia. El cónclave de 1549 fue crucial para decidir el destino de la Iglesia y de Italia ¿qué hubiera ocurrido si Reginald Pole hubiera sido Papa?, ¿hubiera tenido éxito donde Adriano VI fracasó?

Como subraya Bonora la victoria de la Contrarreforma en Italia fue la victoria de un proyecto político, además de religioso. Implicó el fracaso de la política imperial desde su raíz, no solo por no alcanzar la tercera vía propugnada por Gattinara de unión entre católicos y protestantes, sino porque ni siquiera pudo mantenerse la unidad dinástica, partiéndose en dos el Imperio de Carlos V. Desde una perspectiva

RESEÑAS

muy original asistimos al triunfo político, más que espiritual, de la Curia romana como centro. Después de 1549 el Emperador nunca más rivalizará con el Papa bajo el lema tantas veces expresado de “un pastor, un rebaño y una espada” proclamado por Alfonso de Valdés al poco tiempo de conocerse la noticia del Saco de Roma. Su diálogo anunciaba algo que con maestría y astucia los potentados italianos supieron evitar: que Carlos V gobernara la Iglesia. Después del fracaso del proyecto imperial surgió otra idea, otra imagen del dominio universal: la aspiración a una posición hegemónica encarnada por Felipe II de España. Pero, como bien señala la autora, era la hegemonía “en la Italia del Papa”.

A partir de estas conclusiones me parece que la aportación principal del libro no solo ayuda a explicar o conocer esa particular coyuntura política italiana, sino también la suerte del Imperio con posterioridad a 1550. En este sentido la tensión entre albistas y ebolistas en la Corte de Felipe II y las tensiones políticas muy bien analizadas por el profesor Martínez Millán respecto a la facción castellana y la facción papista hallan su correlato. Desmembrado el Imperio de Carlos V, rota cualquier posibilidad de hacer de Felipe II un emperador ni de mostrarlo como el emperador anunciado en las profecías, la tensión entre una Monarquía del Rey o del Papa fue también la versión ibérica de la contraposición de dos modelos políticos en conflicto, como es visible en la suerte de los decretos del Concilio de Trento en la Monarquía española. En este sentido, otro libro muy recomendable de la misma autora, *Roma 1564: La congiura contro il Papa* (Laterza, 2011) es el complemento ideal para quien desee ir más allá. La lectura de este libro, como bien podrá adivinar el lector, obliga a reconsiderar y volver hacia atrás para contemplar el contexto político que rodeó el Concilio de Trento desde nuevos puntos de vista enriquecedores que abren vías de investigación muy prometedoras.